



Las horas del sur (Novela, cap. XX, 2005)

MAGALI GARCÍA RAMIS

El viaje a México se pospuso y, de regreso en Nueva York, Andrés se encontró con que el barón y su familia habían decidido reubicarse en California. Para esa época mucha gente empezó a emigrar hacia allá, los de oficio buscando trabajo en las siembras de frutas, viñedos y hortalizas y los pudientes montando casas en un lugar cálido y fresco con vista al Pacífico, ese mar cuyo nombre engaña, decía Andrés. Monserrate estaba dispuesta a acompañar a la baronesa y Andrés no tuvo reparos porque sabía que Nueva York nunca le había agradado a su madre. Entonces rentó un departamento que él mismo organizó y decoró según su gusto, es decir, tuvo su primer hogar propio y eso le produjo un placer inimaginable. Sabía que, de ahora en adelante, cuando saliera a cubrir portentos o eventos, pues así categorizaba Aidan la vida de ellos, volvería no a una casa ajena ni a un cuarto rentado con muebles mal tapizados, sino a un hogar suyo y eso le colmaba de seguridad. Cuando se sentaba en su pequeño estudio de paredes recubiertas de grabados y dibujos, volvía a soñar con la casa que un día iba a construir, una casa por él diseñada, allí junto al palmar, en la tierra suya, en el solar que daba al mar, cuando él regresara triunfante a la Isla y tuviera una familia y amigos que vendrían todas las tardes a conversar con él.

Deben de haber sido esos los últimos años que vivió tranquilo, pues luego trabajó en muchas encomiendas y es posible que haya ido a Sur América porque la familia Pfiffer había desarrollado una bebida refrescante que llevaba extracto de la planta de coca, algo muy habitual en esa época, y Max quiso que Aidan recopilara datos sobre esa planta en Perú y Bolivia para que Andrés y Jacobo escribieran e ilustraran varios artículos adjudicándole científicamente a la coca las virtudes que proclamaban los anunciantes. No había hechos sobrenaturales en esa encomienda, pues todo se iba a publicar, por mediación de Max, en un diario respetable. Si se llegó a hacer no sé, pero ciertamente ellos elaboraron varios reportajes sobre culturas indígenas de los Andes y sus ciudades perdidas.

Luego viajaron a Europa de nuevo, en esa ocasión a buscar rasgos de los descendientes de la Atlántida en las excavaciones al sur de España. Los tres iban y



venían según soplara el antojo de St. John o de Max y a Andrés no le molestaba porque aprovechaba para ir a conciertos y festivales. Siempre le había gustado escuchar música y ahora se estaba dando un banquete. Con tanto viaje había muchas oportunidades de ir a temporadas de óperas, asistir a recitales de música de cámara y hasta de escuchar cuartetos en plaza públicas, en fin, de vivir con música como se hacía en tantos lugares antes de la guerra. Tuvo la gran dicha de escuchar al que era entonces el más admirado tenor del mundo, un compatriota de Puerto Rico, Antonio Paoli, cuando éste se presentó en Venecia por primera vez. Era también la primera vez que Andrés visitaba esa ciudad que se sigue hundiendo en el mar y nunca pudo pensar en Venecia sin asociarla a Paoli, porque los conoció juntos.

Pero cada vez que regresaba de Europa, más le asaltaba la curiosidad por América Latina. Era como si lo que le captara la atención se moviera como el péndulo de un reloj entre el mundo más allá y el mundo más acá del Atlántico. En uno de esos viajes, fue, al fin, a México, pero no le hizo caso a su abuelo y entró por Veracruz con Aidan y Jacobo, enviados por St. John a visitar Teotihuacan para develar los misterios de esa civilización. Obviamente St. John no tenía idea de lo que les estaba pidiendo. Nada de lo que habían leído les había preparado para la impresión que les dio esa ciudad de los antiguos mexicanos. Tampoco estaban preparados para lo que México, como país, podía ofrecer.

Fue una época sin ataduras, por eso no se sabe mucho de esa parte de su vida. Cuando uno está al garete, no deja rastro. Pero ese país le hizo volver una y otra vez. Allá tuvo uno de sus mejores amigos, quizás el más cercano después de Jacobo. Se llamaba Alejandro Ocañas y era ingeniero y aficionado a la arqueología. Andrés le puso de sobrenombre ‘el lunático’ porque lo conoció junto a la Pirámide de la Luna un día que se habían quedado en Teotihuacan hasta el atardecer. Fue durante un equinoccio de primavera, cuando Aidan quiso constatar con mediciones científicas todo lo que se rumoraba y se había publicado sobre la relación de los templos ceremoniales de esa ciudad sagrada con los astros, sobre todo con el Señor Sol, como le decía Remigio, el guía que les consiguieron en el hotel. Ya no quedaban en los templos de la ciudad turistas curiosos, ni caminaban entre las excavaciones los vendedores de aguas frescas y de antigüedades robadas, cuando Andrés miró hacia el firmamento y vio fascinado cómo comenzaban las estrellas a tachonar el cielo azul transparente. Se alejó de la Pirámide del Sol y



caminó despacio el trecho hasta la de la Luna. Sólo se escuchaban los grillos y el trote de caballos que se alejaban, cuando oyó algo parecido a una oración que alguien repetía una y otra vez. Se acercó por el este de la pirámide y encontró, encaramado a varios metros de altura en unas piedras que se habían deslizado del monumento, a un hombre vestido de negro, con capa y sombrero, que leía en voz alta monótonas estrofas en una lengua ininteligible.

Alejandro, cuando vio a Andrés con su farol en la mano, ataviado con un liviano saco de cuero marrón, le creyó arqueólogo. Andrés, al ver a aquel hombre alto vestido de negro absoluto hablándole solo a las piedras de la pirámide, le creyó loco. Alejandro bajó y se le presentó. Ya de cerca, Andrés aquilató al hombre extraño que, al darle la mano, le hizo presión con su pulgar entre los dedos índice y del corazón, a lo que Andrés contestó: -Tubal-Cain; no soy maestro masón, pero entiendo. -Alejandro sonrió y dijo: -Pero yo no entiendo, ¿por qué has venido hoy?

A Andrés no le pareció insensata su pregunta, sino que señaló a sus amigos, que venían buscándole desde la otra pirámide. -Somos periodistas -contestó y comenzó a explicar su viaje a México y su trabajo. Terminaron la plática de madrugada en el hotel; en una sola noche se contaron sus vidas mirándose a los ojos y se hicieron amigos hasta la muerte.

Guiado por Alejandro, Andrés conoció de verdad a México y descubrió muchos de los lugares que más llegó a admirar de ese país. El primero fue el monasterio del Acolman, que está camino a las pirámides y que le cautivó no porque no hubiera visto conventos e iglesias más monumentales o más hermosos, sino porque esa estructura maciza de los primeros años de la Conquista parecía traida a través del tiempo, del medioevo al siglo 20, y parecía olvidada de Dios, tan solitaria y vulnerada, anegada en lodo y habitada por palomas tristes.

Alejandro le llevó allí sólo para que viera la cruz del atrio, pues, aunque Andrés renegaba de los símbolos cristianos que mostraran dolor, desde que llegó a México se interesó por las cruces atriles y trataba de visitar todos los templos que las tuvieran. Pero durante esa primera visita no tuvo tiempo de mirar la de San Agustín de Acolman, porque al ver la iglesia, ésta acaparó toda su atención por su ábside almenado, los contrafuertes que le hacían parecer más fortaleza



guerrera que casa de Dios, y la hermosa portada plateresca que engalanaba una pared llana y humilde de ladrillos. Mientras recorrían el templo y el convento, Alejandro le iba señalando los retablos, las pinturas, los capiteles y los motivos esculpidos en los arcos del claustro principal. Andrés quiso requearse. Y como solía hacer con todo lo que le gustaba, volvió una y otra vez a Acolman a dibujar su fachada y su claustro. La última vez que visitó la iglesia, se dispuso a dibujar al fin la cruz del atrio, con todos sus simbolismos indígenas y cristianos esculpidos en piedra, y le llamó la atención que la cara del Cristo parecía un don Vicente joven.

Cuando terminaron de recopilar todo lo que procedía sobre Teotihuacan, Jacobo y Aidan siguieron camino al norte para estudiar otras ciudades; Andrés fue invitado por Alejandro a Guanajuato para la inauguración de un teatro como no se había visto, le dijo. Desde que se acercaron a la ciudad Andrés se sintió nervioso. Alejandro le dejó en el hotel para que reposara pero, minuto a minuto, Andrés sentía mayor aprehensión. Cuando Alejandro lo vino a buscar, lo encontró pálido y desenchajado.

-¿Prefieres quedarte? -le preguntó-. No, debemos ir -dijo y caminó sudoroso hasta el Teatro Juárez. Pero al llegar, tuvo que sentarse en un asiento en el vestíbulo y no fue hasta que acabó la función y el señor Presidente y su séquito salieron del lugar que él pudo recobrar sus fuerzas para pasar a la sala a admirar el decorado y a deleitarse con el telón multicolor de motivos que parecían chinescos. Entonces, se desmayó...